

EL SOCIALISMO CHILENO A 50 AÑOS DEL GOLPE MILITAR

CARLOS OMINAMI

Doctor de Estado en Economía, Universidad de París X-Nanterre.

Director de Fundación Chile 21.

Exsenador y exministro de Economía, Fomento y Reconstrucción.

La conmemoración de los 50 años del derrocamiento del Presidente Allende fue noticia mundial, superando incluso un 11 de septiembre más reciente, el de las Torres Gemelas. Impresiona la profusión de libros, documentales, series de TV, emisiones de radio, exposiciones, nuevas revelaciones, documentos desclasificados, testimonios hasta ahora desconocidos. Todo un estallido de informaciones, emociones y un gran ejercicio de memoria. Así, por ejemplo, se ha podido documentar de manera irrefutable y en detalle el apoyo al golpe por parte de la administración Nixon desde antes incluso que Allende tomara posición del gobierno. También el verdadero laberinto en que se convirtió la relación del Presidente con los partidos de su coalición que nunca terminaron de entender la esencia profunda de la Vía Chilena al Socialismo imaginada por Allende. En este sentido, a 50 años del golpe militar el socialismo chileno y, muy especialmente, el partido de Allende tiene una responsabilidad insoslayable con la historia y sobre todo un enorme desafío de cara al futuro¹.

Una Paradoja

¿Qué se conmemoró? La pregunta es pertinente y la respuesta encierra una paradoja: como norma, en el mundo se conmemoran más bien las grandes victorias y no las derrotas. En este caso, no ocurre así: conmemoramos los vencidos mientras los vencedores, los grandes beneficiados, con seguridad celebraron, pero sólo en privado².

El golpe militar le puso la lápida a la «Vía Chilena al Socialismo» que consistía en transitar hacia el socialismo, por primera vez en la historia, a través del voto y el respeto a las

¹ El presente artículo sintetiza varios artículos publicados con anterioridad; véase, Ominami (2013, 2023a, 2023b, 2023c) y con Castañeda (2023).

² El 11 de septiembre fue feriado nacional hasta 1998, siguiendo a ley N°19.588.

instituciones democráticas. Décadas de hegemonía leninista o derechamente castrista, en gran parte de las izquierdas, quedaban atrás para dar paso a una propuesta novedosa que generó gran interés mucho más allá de las fronteras de Chile. En países de la importancia de Italia y Francia, con los dos más grandes partidos comunistas de Occidente, la experiencia chilena era vista con particular interés. La cara opuesta era la preocupación del gobierno norteamericano, encabezado por Richard Nixon y asesorado muy de cerca por Henry Kissinger, quienes veían en la tentativa de Allende un peligro que debía ser conjurado a como diera lugar. Y lo consiguieron.

El golpe en contra de Allende no fue el conocido cuartelazo protagonizado por los típicos caudillos militares latinoamericanos tan bien descritos por Miguel Ángel Asturias y Gabriel García Márquez. Augusto Pinochet, figura opaca y mediocre, fue, por el contrario, la cabeza de una verdadera revolución capitalista que transformó, con los métodos propios de una dictadura que se prolongó durante 17 años, de manera muy profunda la economía y la sociedad chilena. El neoliberalismo de Milton Friedman y la Escuela de Chicago encontraron en Chile un terreno fértil de experimentación. La puesta en práctica de aquellas reformas le permitió al país, no sin antes pasar por una severa crisis³, situarse a la vanguardia de América Latina en materia de apertura comercial y reducción del tamaño del Estado. El carácter precoz que tuvo la aplicación de esas reformas le dio a Chile, país pequeño, importantes ventajas en cuanto a acceso a los mercados internacionales⁴. El apoyo de figuras políticas como Ronald Reagan y Margaret Thatcher hizo que el «modelo chileno» alcanzara un gran realce a nivel mundial. Se plegaron también a esta verdadera campaña instituciones como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, deseosos de mostrar como un alumno aventajado del Consenso de Washington podía obtener buenos resultados.

Las reformas del régimen militar, especialmente las privatizaciones y la apertura comercial más la reforma agraria de los gobiernos de Frei Montalva y Allende, crearon una

³ En 1982, la economía chilena experimentó una muy profunda crisis con una caída del PIB en 14% y llevó la tasa de desempleo a niveles superiores al 30%. Esta crisis marcó el fin de la etapa más ortodoxa de las reformas neoliberales, entre otras, la política de tipo de cambio fijo.

⁴ Como hemos apuntado en trabajos anteriores, la apertura al comercio internacional era mucho más fácil en una economía de tamaño pequeño como Chile. La apertura comercial de Brasil habría sido mucho más difícil de asimilar por parte de los mercados internacionales.

nueva clase empresarial que desplazó a la vieja oligarquía terrateniente y a una burguesía industrial ampliamente dependiente de un sistema de protecciones con aranceles que superaban en promedio el 100%. Bajo la dictadura, no se reconstituyeron los grandes latifundios improductivos y cerraron definitivamente las fábricas que formaban parte de un oligopolio ineficiente. Surgió así una nueva burguesía que debió extremar sus esfuerzos para resistir la competencia internacional en el mercado interno y abrirse paso en los mercados internacionales. Junto a ella se desarrolló un sector de alta gerencia, operadores de mesas de dinero, *traders* y abogados especializados en cuestiones tributarias y arbitrajes; en conjunto, constituye el sector, sin dudas, más beneficiado por la dictadura militar. Varios de ellos formaron parte de los «cómplices pasivos» de la dictadura, sindicados de esta forma por el expresidente Piñera cuando se conmemoraron los 40 años del golpe militar. Este es el sector que se siente el gran protagonista y responsable del dinamismo económico del modelo chileno.

La Centralidad de la Figura de Allende

El Presidente Allende fue la figura indiscutida de esta conmemoración. Con su muerte, generó el aprecio y respeto que no siempre tuvo en vida. Sin su sacrificio, el golpe en Chile sería uno más de la larga lista latinoamericana. Él lo sabía y no estaba dispuesto a pasar por la humillación de tantos presidentes desalojados y enviados al exilio. Su gesto constituyó la base moral a partir de la cual se organizó la resistencia a la dictadura militar. Aportó legitimidad épica y belleza a una lucha extremadamente difícil por parte de fuerzas políticas que la dictadura buscó exterminar. Algo de importante tenía que haber en un proceso por el cual alguien como Allende estaba dispuesto a inmolarse. En el plano político, la grandeza de Allende radica en su capacidad para haber imaginado una vía democrática de superación del capitalismo. Sin decirlo, era una crítica a los socialismos reales impuestos por la fuerza. Es también un desafío presente que busca todavía respuesta para quienes no nos resignamos a que el individualismo capitalista sea el horizonte insuperable de la humanidad. Aquí radica lo esencial de su legado, su relevancia, su incuestionable actualidad.

Allende era sin dudas un personaje complejo. No fue ajeno a los aires de su tiempo impulsados por la descolonización y la revolución cubana que lo llevaron, más de una vez, a pronunciar inflamados discursos de corte revolucionario. Sin embargo, su práctica era la típica de un profesional de la política institucional y parlamentaria: ministro, diputado, senador y cuatro veces candidato presidencial. Era rigurosamente un reformista socialdemócrata⁵. Sus instrumentos no eran las armas sino las mociones parlamentarias, los proyectos de ley y los discursos. No fue nunca el jefe de pequeños grupos guerrilleros clandestinos, sino que buscó liderar a las grandes masas y estuvo siempre por la unidad del conjunto de las fuerzas progresistas más allá incluso de los límites de la izquierda.

Es cierto, consideraba el calificativo de «reformista» como un insulto y exhibía con orgullo la foto con la dedicatoria del Che Guevara: «A Salvador Allende que por otros medios trata de hacer lo mismo». La verdad es que otros medios conducen a fines bien distintos. En el fondo, Allende lo sabía y no imagino nunca gobernar un país con régimen de partido único, sin Congreso Nacional y libertad de expresión. Se lo reiteró expresamente a Patricio Aylwin en su última conversación del 24 de agosto de 1973. Cuando este le dijo que Chile se encaminaba a una dictadura, la respuesta de Allende fue tajante: «no mientras yo sea Presidente» (Aylwin, 2023).

Retrospectivamente, uno le habría pedido más firmeza en la defensa de sus convicciones, el reconocimiento sin complejos de su reformismo, un deslinde claro con el ultrismo. No lo hizo, porque no quería ser un divisor de la izquierda. Fue así como entró en un laberinto del cual no consiguió salir. Como escribí hace años, Allende amaba la vida, la disfrutaba a cada minuto. Él no buscó su destino. Fue este destino el que lo buscó a él (Ominami, 2013).

La trayectoria y la estatura moral de Allende lo llevaron a convertirse en figura mundial. Como escribió Régis Debray (2023), «no estaba previsto que entraría en la leyenda, pero permanecerá en la memoria». Son innumerables las calles, las plazas o las escuelas que en los más diversos lugares del mundo llevan su nombre. El líder derrotado que fracasó en su proyecto de vía chilena con empanadas y vino tinto entró a la historia por la puerta

⁵ Quien tiene a su haber, como joven ministro de Salud del Gobierno del Frente Popular, la creación del Servicio Nacional de Salud.

ancha. Por el contrario, el vencedor, quien gobernó con mano de hierro durante 17 años y tuvo éxito en transformar profundamente a Chile, terminó en el más bajo fondo de la historia con sus restos enterrados en una de sus casas para protegerlos del escarnio público. Así es la historia.

Salvador Allende es un mártir universalmente reconocido: es el chileno más connotado de todo el siglo XX. Su sacrificio lo llevó a ocupar un lugar de privilegio no sólo en los anales de la historia de Chile, transformándolo en un referente que traspasó ampliamente nuestras fronteras. Este es un hecho incontrovertible. Pero, por sí solo no explica nada. Es sólo el último acto de una obra cuya trama pudo conducir a otros resultados, menos gloriosos, pero también menos dolorosos. La historia está muy lejos de ser una acumulación de episodios ineluctables que pasan, porque simplemente tenían que pasar.

La muerte de Allende es tradicionalmente vista como la consecuencia inevitable de un proceso que, al amenazar poderosos intereses nacionales y extranjeros, no podía sino terminar de la manera trágica en que lo hizo. Por razones perfectamente contradictorias, admiradores y detractores han terminado coincidiendo en la idea que su destino estaba predeterminado. Para muchos, este final trágico era inexorable. Como en las tragedias griegas, el final estaba escrito de antemano y no había fuerza humana capaz de modificarlo.

Es un final poético, aunque, si se piensa bien, se trata más de una explicación cómoda que de una verdad históricamente exacta. Es cómoda, porque si el final estaba escrito, entonces no había mucho que hacer. Los sobrevivientes pueden dormir tranquilos, la suerte estaba echada. Sin embargo, la trama es menos lineal. Hasta muy poco antes del desenlace se produjeron momentos en el que los principales actores tuvieron la oportunidad de actuar de modo de abrir paso a un distinto final. Aunque cada vez más cerradas, había puertas laterales que conducían a salidas de escape; pero, es público y notorio que no ha habido demasiados interesados en plantearse la pregunta sobre si la catástrofe pudo haberse evitado. Más aún, en la declaración que los principales partidos de derecha formularon con ocasión de los 50 años del golpe afirmaron sin ambages que el golpe «era inevitable» (Hoyuelos, 2023).

El ejemplo del Presidente mártir fue crucial para hacer posible la recomposición del socialismo chileno como fuerza gravitante. Sin el legado ético de Allende, el Partido Socialista habría sucumbido por el peso de sus incomprensiones, inconsistencias y desvaríos. La recomposición de la izquierda renovada se habría hecho fuera de los cauces del socialismo, como ocurrió, por ejemplo, en Brasil con la fundación del Partido de los Trabajadores en 1980.

Sin embargo, varios episodios poco conocidos, o francamente desconocidos, muestran que la historia pudo ser diferente. Hasta el último momento, Allende trató de evitar el desplome de la democracia y el derramamiento de sangre. Así, en su última noche, el 10 de septiembre, en compañía de su círculo íntimo, frente al comentario de uno de los presentes de que «el gobierno era prisionero de la legalidad», Allende respondió:

Tiene usted razón, pero nosotros no podemos romper la legalidad, porque somos precisamente el gobierno. Siempre hemos luchado a favor de que el respeto por la ley en un Estado democrático corte el paso al despotismo o a la arbitrariedad, evitando que los chilenos acaben matándose unos a otros (González, 2012).

Todos los testimonios sobre lo ocurrido ese último fin de semana antes del golpe son convergentes. El sábado 8 Allende almorzó con el General Prats y le explicó que el lunes convocaría a plebiscito tras conocer que la Democracia Cristiana (DC) intentaría forzar su renuncia maniobrando para que el Congreso Nacional lo declarara «inhábil» (Amorós, 2013).

Asimismo, según relata Joan Garcés (2013), el domingo 9 de septiembre a las 12 del día, en Tomás Moro, Allende sostiene un encuentro que pudo haber cambiado el curso de la historia. Se encontraban presentes los generales Pinochet y Urbina. Allende les comunicó que, en las próximas horas, iba a convocar a un plebiscito para que el país resolviera el «camino a seguir». Según confió el propio Allende a sus colaboradores en la cena de ese domingo, Pinochet preguntó: «pero Presidente... ¿Es una resolución ya definitiva y firme la de

llamar a un referéndum?»; «sí, general, está resuelto». Entonces, asegura Pinochet: «Presidente, ahora va a ser posible resolver el conflicto con el Parlamento».

Allende había tomado su decisión. Sus cercanos la conocían y estaban dadas las instrucciones para anunciarla el martes 11 en un acto que tendría lugar en la Universidad Técnica del Estado (UTE). Por esto, el Presidente pudo dormir sin sobresaltos la noche del 10 hasta por lo menos las 6 de la mañana. Los mandos militares estaban avisados, incluso desde antes, por parte de Orlando Letelier, ministro de Defensa, que el Presidente convocaría a un plebiscito. Carlos Briones, ministro del Interior, trabajaba en la fórmula legal para viabilizarlo. Al exsenador Ricardo Núñez, en aquella época secretario general de la UTE, se habían dado las instrucciones para que asumiera los preparativos del acto que nunca tendría lugar.

La dirección de la DC sabía, desde hacía varias semanas, que la idea de plebiscito estaba siendo considerada por Allende. Esta le había sido anunciada a Patricio Aylwin, presidente del partido, en el diálogo que inició con Allende en la casa del Cardenal Silva Henríquez la noche del 17 de agosto. Lo mismo había ocurrido con los partidos de la Unidad Popular que habían sido notificados formalmente el sábado 8 de septiembre en La Moneda de la propuesta presidencial.

Allende tenía el convencimiento total y absoluto que el proceso desatado se había vuelto incontrolable y corría el riesgo de terminar en un baño de sangre. Ya en su discurso del 29 de junio, una vez aplastada la rebelión del blindado N°2, entregó un mensaje en el que evocaba la posibilidad de un plebiscito y le pidió al pueblo serenidad y comprensión. Nada más lejos que el «avanzar sin trazar» propuesto por los sectores más radicalizados que dominaban en el Partido Socialista (PS), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU, facción Garretón), la Izquierda Cristiana (IC) y en la juventud del Partido Radical (PR). En un discurso frente a varios centenares de dirigentes de la Central Única de Trabajadores (CUT), el 25 de julio, anticipó con una lucidez escalofriante lo que podría suceder en caso de un triunfo de los golpistas:

Se habría desatado la dictadura fascista más sangrienta, más oprobiosa, habrían arrancado de raíz los más preciados principios de democracia, de libertad, habrían recurrido al terror y al asesinato masivo, se habrían

producido masacres sanguinarias de dirigentes sindicales y de particulares (Amorós, 2013).

Si el anuncio de plebiscito hubiera alcanzado a concretarse, como inmediatamente comprendió el propio Pinochet, se habría creado un nuevo cuadro. En aquellas condiciones de extrema crispación, con una hiperinflación desatada y grave escasez de productos básicos, la derrota de Allende y la Unidad Popular en una consulta electoral era más que segura. Los resultados de la elección parlamentaria de abril de 1973 (con un 56% para la oposición) constituían una sólida garantía de triunfo. El martes 28 de agosto, en su discurso a propósito de una nueva reestructuración de su gabinete, afirmó: «no dudaría un momento en renunciar si los trabajadores, los campesinos, los técnicos y los profesionales de Chile así me lo pidiesen» (González, 2012). El resultado adverso en el plebiscito habría obligado a la renuncia a Allende. La experiencia conducida por la Unidad Popular habría llegado a su término. Aunque sus principales dirigentes no lo estimaran así y hubiesen abrazado la tesis de la inevitabilidad del golpe, la DC habría emergido probablemente como el gran triunfador. La historia habría sido bien distinta: la democracia habría sobrevivido.

¿Qué fue lo que se interpuso en la voluntad presidencial? Esta es la pregunta que prácticamente todos los actores relevantes del proceso han evitado plantearse. La razón es simple. La respuesta no puede eludir una verdad para unos inconfesable y para otros demasiado incómoda. Los generales golpistas forman parte de la primera categoría. Informados de la voluntad presidencial de abrir paso a una salida política, para abortarla tomaron la decisión de apresurar los preparativos y adelantar el golpe. Con ello, dejaron en evidencia que, más que «restaurar la institucionalidad quebrantada», se trataba de dar un golpe y hacerse del poder. En esto contaron con el apoyo entusiasta de importantes sectores de la derecha económica y política, y del gobierno norteamericano de la época.

Por su parte, la directiva de la DC fue presa de una beligerancia que llevó al partido a romper con su impecable tradición de apego a la democracia. Al fragor del proceso abierto con el triunfo de Allende, la DC se fue radicalizando en su oposición a la Unidad Popular. La animosidad de Frei Montalva en contra de Allende permeó a la gran mayoría de la dirigencia

democratacristiana. Los sectores más duros —respaldados por Frei Montalva— se hicieron, en mayo del 73, con el control de la mesa del partido y, desde allí, encabezaron una oposición que no dio tregua. Hay testimonios directos e irrefutables cuales muestran de que, al diálogo con Allende impulsado por el Cardenal Silva Henríquez, el presidente de la DC, Patricio Aylwin, iba con un objetivo claro por parte de su principal mandante: poner condiciones tales que hicieran imposible el acuerdo. En sus memorias, Gabriel Valdés (2009) deja en claro que Frei Montalva estaba, desde hacía mucho tiempo, convencido de la inevitabilidad del golpe.

A la beligerancia de sus adversarios se agregó la incompreensión de los suyos. Allende no consiguió apoyo de los partidos de la Unidad Popular para su propuesta de plebiscito. Si bien el Partido Comunista (PC) se abrió a la idea e instruyó a sus parlamentarios para que la sostuvieran, el partido del Presidente la rechazó terminantemente. Aunque su secretario general, Carlos Altamirano, simpatizaba con la idea, la mayoría reunida en torno al subsecretario general, Adonis Sepúlveda, y a Erick Schnake, dirigente del PS, opuso un rechazo terminante: «la revolución no se plebiscita, compañero» fue la posición ampliamente dominante. Todo esto ocurrió el sábado 8 en una reunión del comité político de la Unidad Popular que comenzó a las 10 horas en La Moneda, como se relata con lujo de detalles en *La Conjura*. La reunión se levantó sin que se hubiese llegado a un acuerdo.

Cerrada la vía de la solución política, Carlos Altamirano, secretario general del PS, arrastrado por la dinámica de la polarización, pronunció el famoso discurso del domingo 9 en el Estadio Chile: «el compañero Allende no traicionará, dará su vida si es necesario en la defensa de este proceso». Se escribía así una de las últimas páginas del drama. Contrariamente a la afirmación corriente, el llamado de Altamirano no precipitó nada. El golpe estaba ya en curso y nada lo detendría. El llamado a atajar el golpe, «golpeando el golpe», quedará para la historia como la expresión de algo muy propio de las izquierdas: la ceguera frente a la realidad.

El rechazo del PS fue respaldado también por una de las facciones del MAPU y el MIR. La participación de este último en el desenlace merece un comentario, pues me tocó vivirla. Miguel Enríquez, jefe del MIR, supo de la decisión de Allende aquel fin de semana. Todos los

días previos, los militantes del MIR habíamos estado en alerta máxima ante la inminencia del golpe. La noticia de que Allende llamaría a plebiscito se interpretó como una capitulación: el golpe perdía su razón de ser. Fue así como se levantó el acuartelamiento el domingo 9 por la noche: se dio la paradoja de que la organización que más se había preparado para enfrentar un golpe se encontró desmovilizada cuando éste se produjo. Tenía lógica el razonamiento del MIR en cuanto a que la «capitulación» de Allende hacía innecesario el golpe. El único problema es que los militares no lo entendieron así y, en vez de suspenderlo, optaron por adelantarlo.

El convencimiento de Allende sobre la necesidad de una salida política no fue suficiente para evitar la tragedia. La virulencia de los adversarios y el fuego amigo produjeron una conjunción de fuerzas que resultó más poderosa. De haber prosperado la solución política, Allende no sería el Presidente mártir que hoy día se venera. Amaba la vida, él no buscó aquel final, aquel final lo buscó a él. Le gustaba, ciertamente, la idea de pasar a la posteridad convertido en estatua. Él sentía que la merecía, pero como estadista, que no como mártir; como tribuno popular victorioso, que no como héroe derrotado.

Por ello, la grandeza de Allende no radica simplemente en haber muerto luchando con las armas en la mano. Son miles quienes han corrido tal suerte y pocos quienes han entrado en la historia. La lucha armada no fue nunca el camino de Allende. Sus armas fueron siempre las propias de la lucha social desplegada en la arena parlamentaria. Su drama es que ellas no le permitieron conducir a puerto el proceso de cambio por el que tanto luchó. Su grandeza radica en la tranquilidad con que fue capaz, en la derrota, de ofrendar su vida para mantener viva la llama de la esperanza en la victoria, en medio de tanta incompreensión y de una infinita soledad.

Una Coalición que No Estuvo a la Altura

La tarea que se propuso Allende era demasiado ambiciosa para las fuerzas que había conseguido alinear. Fue electo con 36% y no dispuso nunca de una mayoría sólida que pudiera sustentar el proceso. Las fuerzas que lo apoyaban, básicamente los partidos socialista y comunista no estuvieron a la altura. Son graves y muchos los errores cometidos. Importa

precisarlos para que queden allí como lecciones donde nuevos procesos de cambio no vuelvan a cometerlos.

La política económica puesta en práctica, definida por sus promotores como de «reactivación por el consumo popular», generó durante los primeros meses una gran bonanza cuya manifestación más directa fue el importante aumento de los salarios reales. Se suponía que existían grandes capacidades instaladas ociosas que la estimulación del consumo incorporaría al proceso productivo. Durante el primer año, la receta funcionó. En las elecciones municipales de abril de 1971, la coalición de gobierno superó el 50% de los votos. Tanto el PC como el PS obtuvieron votaciones históricas: 17,08% y 22,64%⁶, respectivamente. Era, sin embargo, un auge efímero. Es todavía un misterio que los historiadores no han podido descifrar por qué no se aprovecharon aquellas condiciones favorables para haber convocado a un plebiscito para producir un cambio institucional de envergadura como habría sido la elección de un nuevo Congreso unicameral, conforme a lo establecido en el propio programa de gobierno de la Unidad Popular⁷. En los hechos, primó la voluntad de Allende de mantener la institucionalidad en la cual había desarrollado toda su trayectoria. A poco andar, la falta de inversión, incentivada sin dudas por las fuerzas contrarias al proceso que recurrieron además al boicot y al acaparamiento, comenzó a hacer estragos. Desabastecimiento, mercado negro e hiperinflación fueron la respuesta de una economía sometida a un *stress* imposible de sobrellevar. Alain Touraine (1974) criticó esta política en términos muy severos, calificándola de «populismo que distribuye sin producir». Amplios sectores especialmente de capas medias resintieron las consecuencias y bascularon progresivamente hacia el campo de la oposición.

Asimismo, cuesta todavía entender la incompreensión de la dirigencia de la izquierda de las condiciones internacionales en las que se desenvolvía el proceso chileno. Estábamos en plena guerra fría. Allí donde era fundamental mantener un riguroso no alineamiento, la política internacional de Chile parecía confirmar la sospecha de que finalmente se transitaba hacia una segunda Cuba. La estaba en Chile de Fidel Castro, entre el 10 de noviembre y el

⁶ Más el 8,16% del Partido Radical y la votación de otros partidos menores, la Unidad Popular alcanzó el 51%.

⁷ Daniel Mansuy, autor de una muy comentada y reciente biografía de Allende, confirma esta afirmación (Mansuy, 2023).

4 de diciembre de 1971 (25 días en total), operó como confirmación de los peores pronósticos de la administración norteamericana y de las fuerzas más reaccionarias: Chile bajo Allende reconocía filas en el campo del socialismo real. El gobierno de la Unidad Popular pagó todos los costos de aquella imagen sin acceder a ninguno de sus beneficios. Allende fue en visita oficial a la Unión Soviética (URSS) en diciembre de 1972. Las condiciones del país eran ya dramáticas. El embargo decretado por los Estados Unidos y el desabastecimiento interno requerirán de una importante inyección de recursos. Fue con seguridad el viaje más triste de Allende: volvió con las manos vacías. Fuertemente comprometida con Cuba, la URSS no estuvo dispuesta a asumir nuevos compromisos. A fin de cuentas, la URSS reconocía lo que la política internacional de la Unidad Popular ignoró: América Latina seguía siendo zona de influencia privilegiada de Estados Unidos y estos no estaban dispuestos a tolerar el éxito de una experiencia que pusiera en cuestión tal condición.

Finalmente, es en el terreno de la política doméstica en donde se registraron las mayores falencias. Un proyecto como el de Allende requería del apoyo de una mayoría amplia, de la «unidad social y política del pueblo», según la expresión de Radomiro Tomic —candidato de la DC que compitió con Allende en 1970 y salió tercero con el 28,1% de los votos. El programa de este último, inspirado en la idea de una «vía no capitalista de desarrollo», tenía grandes puntos de confluencia con el programa de la Unidad Popular. Allí donde era imperativa la convergencia detrás de un programa de reformas profundas —un *compromesso storico* [compromiso histórico], según la expresión de Berlinguer (1973/2023)—, terminó constituyéndose una alianza entre el Centro y la Derecha que creó condiciones políticas propicias al golpe militar. La Democracia Cristiana —el gran partido de la Patria Joven, la Revolución en Libertad, Reforma Agraria y la Chilenización del Cobre— terminó en brazos de una derecha a la que había combatido siempre. La oposición entre la Izquierda y el Centro es la falla geológica del proceso. El proyecto de esa derecha no era el pronto restablecimiento de la «institucionalizada quebrantada»⁸ sino la imposición de una dictadura como la que apoyó

⁸ Según la terminología del Proyecto de Acuerdo de la Cámara de Diputados, 23 de agosto, 1973, el cual ha sido utilizado como justificación jurídica del golpe del 11 de septiembre.

durante 17 años y continúa hasta el día de hoy justificando⁹. Ciertamente, la responsabilidad principal de esta lamentable actuación recae sobre la dirigencia demócratacristiana. No obstante, el sectarismo y la falta de lucidez de la dirigencia de la Unidad Popular tienen una ineludible responsabilidad: eran ellos los conductores de un proceso que requería de una amplia y sólida base de apoyo. No fueron capaces de construirla y, con ello, facilitaron la acción de los golpistas.

La Persistente Actualidad de las Alianzas entre Centro e Izquierda

La necesidad de reformas profundas no ha sido clausurada. Las desigualdades flagrantes, la informalidad, las brechas educacionales, el estancamiento económico, la deslegitimación de la política, entre otros, son algunos de los peligros que amenazan a las democracias y plantean con urgencia la necesidad de reformas mayores. La distancia entre la necesidad y la posibilidad real de emprender las necesarias transformaciones se ha extremado en los últimos años. Soplan vientos de cambio, pero, a menudo, en sentido inverso, hacia populismos autoritarios que, con propuestas fáciles a problemas complejos, ganan adhesión y consiguen erosionar por dentro a la democracia, utilizando para ello los espacios e instrumentos que esta ofrece. El auge de las extremas derechas populistas que buscan construir sistemas gobernados por líderes autoritarios, con congresos con facultades limitadas y tribunales de justicia subordinados al poder es un peligro real. Objetivamente, la emergencia ya no de la clásica dictadura militar¹⁰ sino de las llamadas democracia iliberales constituye una tendencia fuerte de nuestro tiempo.

América Latina no está exenta. Brasil ya lo conoció con Bolsonaro hace pocos años atrás. Bukele en El Salvador con su combate a la delincuencia sin el más mínimo apego al Estado de derecho cosecha adhesiones y se ha convertido en un referente para líderes

⁹ Con ocasión de la conmemoración de los 50 años del Golpe Militar, el gobierno del Presidente Gabriel Boric promovió la suscripción de una declaración, en cuatro puntos, que, en lo fundamental, compromete a un Nunca Más en el uso de la fuerza y la ruptura del Estado de Derecho. Los partidos de derecha, sin embargo, optaron por no suscribir dicha declaración y formularon una propia en la cual no se habla ni de Golpe Militar ni de Dictadura.

¹⁰ Ahora bien, también se registran y consideran la sucesión de golpes de Estado en África: Chad (2021), Malí (uno en 2020 y otro en 2021), Guinea (2021), Sudán (2019 y 2021) y Níger (2023), entre otros.

populistas de otros países de la región. Milei un personaje extravagante claramente adscrito a las posiciones de la extrema derecha a nivel internacional amenaza en la actualidad con conquistar la presidencia de la Argentina. En Chile, José Antonio Kast obtuvo el 44% de los votos en la segunda vuelta de la última elección presidencial de 2021 y controla en la actualidad el Consejo Constitucional de 2023 llamado a proponer una nueva Constitución y es un aspirante serio a la presidencia de la república.

La extrema derecha manipula los miedos y canaliza la desesperación y las rabias. Se alimenta de una cierta frustración con la democracia. No existe una bala de plata con la cual enfrentarla y conjurar el peligro. Se requieren acciones múltiples en planos diversos. Hay que energizar la democracia mediante reformas que amplíen la participación ciudadana, acorten los tiempos y hagan más expedita y eficaz la deliberación política. La única forma de enfrentar la crisis de la democracia representativa pasa por complementarla con la democracia participativa. Asimismo, la construcción de Estados de bienestar social es una pieza crucial de la estrategia para enfrentar la regresión autoritaria con que amenazan las extremas derechas (Castañeda, Estrada y Ominami, 2023).

La puesta en práctica de una estrategia anti-regresión requiere de un respaldo político que garantice una mayoría sólida. La alianza entre las fuerzas de izquierda con las fuerzas de centro es la clave. Cada vez que las derechas logran atraer para sí al centro se abre camino a salidas que pueden tener consecuencias trágicas. La importancia de generar alianzas amplias entre el Centro y la Izquierda, cada una con su perfil propio, pero articuladas en torno a un programa común es una lección ampliamente actual de la experiencia trágica de Allende y la Unidad Popular.

La Ineludible Responsabilidad del Socialismo

La historia del PS es especialmente turbulenta. Como ningún otro partido chileno, puede exhibir grandes aciertos habiendo cometido también graves errores. Su relación esquiiva con el Presidente Allende, su incomprensión de la vía chilena al socialismo y las veleidades en su desempeño durante el gobierno de la Unidad Popular forman parte de estos últimos.

Entre sus grandes aportes figuran su constitución temprana como una fuerza de izquierda latinoamericanista que no reconoce vaticanos ideológicos y que, con Eugenio González a la cabeza, fue capaz de proponer un programa como el de 1947 que sigue representando un referente insuperable en la trayectoria político-intelectual del socialismo democrático y humanista. Asimismo, construcciones sociales tan relevantes como el Servicio Nacional de Salud tienen la impronta del socialismo aportada por el joven a la sazón ministro doctor Salvador Allende.

Es también mérito del socialismo haber sido capaz de sobrevivir a una dictadura que lo reprimió de manera feroz y, al mismo tiempo, abrir un implacable proceso de crítica y autocrítica sobre su actuación en los mil días de la Unidad Popular. Ningún otro partido ha tenido la fuerza y el valor de desnudarse y ponerse en cuestión como lo ha hecho el socialismo chileno pagando incluso por ello el costo de dolorosas divisiones.

Este proceso conocido como la «renovación socialista» implicó una ruptura radical con las ideas de corte leninista que desde finales de los 50 y, especialmente, posterior a la tercera derrota de Allende en 1964 habían desviado al Partido Socialista del ideario humanista propuesto en el Programa de 1947. Así, se revalorizó la democracia como conquista universal y se elevó el respeto a los derechos humanos a la categoría de principio fundamental de la acción política. De la idea de un «modelo socialista» preconcebido que había que imponer a cualquier precio y en cualquier circunstancia se transitó a la de «práctica socialista» como proceso permanente de búsqueda a través de la construcción de mayorías de un orden social superior. Asimismo, se entendió que sin mercado no hay democracia, puesto que, en ausencia de éste, se constituye indefectiblemente una «dictadura sobre las necesidades» que oprime a las personas e impide el crecimiento y el desarrollo (Beilharz, 2015).

La capacidad de resistencia del socialismo sustentada en la base moral que representó el gesto final del Presidente Allende, sumada a su disposición a actualizar tanto su pensamiento como su práctica política, le permitieron jugar un papel central en el «reencuentro de los demócratas» según la feliz expresión del expresidente Aylwin. La salida pacífica de la dictadura y una transición hoy día valorada por el propio Presidente Boric difícilmente habrían podido tener lugar sin el concurso activo del socialismo.

Habiendo aprendido de sus errores, el PS no titubeó en involucrarse en el proceso encabezado por el Presidente Boric. La historia no podía volver a repetirse: era fundamental dejar de lado susceptibilidades y cálculos menores. El socialismo no debía restar su apoyo a la opción transformadora que representaba Gabriel Boric, por oposición a la regresión que encarnaba José Antonio Kast.

En la actualidad, reconocidas figuras del amplio mundo socialista se desempeñan en áreas cruciales de la acción gubernamental. Constituyen, por así decirlo, el ancla y en muchos aspectos el timón de un barco que, a horas de emprender la ruta, parecía extraviarse. Su aporte es valorado por la ciudadanía que los distingue con altos niveles de aprobación.

No es un misterio para nadie que, sin haber cumplido todavía la mitad de su mandato, el gobierno enfrenta una situación crítica: la economía no crece, las reformas comprometidas no avanzan y aumentan la desconfianza, el malestar social y el escepticismo respecto del futuro. Queda poco tiempo útil para superar el entrampamiento. A medida que se aproximan los eventos electorales, los gobiernos entran inexorablemente en el ocaso aquejados del conocido síndrome del «pato cojo». A fin de cuentas, la dificultad mayor que enfrenta el gobierno es la crisis de las expectativas, la pérdida del entusiasmo, la erosión de la credibilidad. Su recuperación no depende de políticas sectoriales o de definiciones puramente técnicas. Se trata más bien de una cuestión de actitud, de poner por delante, con convicción, la búsqueda sincera y transparente de acuerdos que permitan avanzar.

Corresponde en esto asumir la realidad. El *sorpasso*, la sustitución de la izquierda histórica por una nueva izquierda no ocurrió ni en Chile ni tampoco en España que, en algún momento, sirvió como modelo. De socio de segundo orden en un gobierno que tenía al Frente Amplio y al PC como alianza privilegiada, el socialismo se ha transformado en una fuerza insustituible, lo que hace que recaiga sobre sus hombros una responsabilidad ineludible.

En vez de escuchar a cantos de sirena que promueven el desembarco de un gobierno que —se afirma— habría entrado a un laberinto sin salida, el socialismo debiera reafirmar su compromiso buscando ampliar su gravitación. No se trata de más o menos cargos burocráticos: se trata de presencia política, de incidencia, credibilidad, coherencia, capacidad de

conducción. Por su trayectoria histórica, su experiencia de gobierno y su madurez política, el socialismo en sentido amplio es la fuerza en mejores condiciones para contribuir a desbloquear la situación. Para ello, debe ser también capaz de fortalecerse internamente mediante una convocatoria a la construcción de una gran fuerza progresista en la que converjan sectores tradicionales con nuevos contingentes: los trabajadores manuales y los intelectuales, las vertientes laicas, cristianas y marxistas, los grupos ecologistas y los colectivos feministas.

Una fuerza socialista renovada con vocación de mayoría debiera surgir de la convergencia entre el socialismo histórico y las nuevas izquierdas. Sin estas últimas el socialismo histórico no podrá superar un cierto anquilosamiento. Inversamente, las nuevas izquierdas, sin raíces firmes en la historia, no podrán ir mucho más allá de una confluencia generacional a la que inevitablemente le llegará la madurez con más pasivos que grandes realizaciones.

Referencias

- Amorós, M.** *Allende. La Biografía*. Ediciones B. 269-277.
<https://doi.org/10.3917/rip.273.0269>
- Aylwin, P.** (2023). *La Experiencia Política de la Unidad Popular*. Debate.
- Berlinguer, E.** (1973/2023). *Riflessione sull'Italia dopo i Fatti del Cile*. *Associazione Enrico Berlinguer*.
<https://enricoberlinguer.org/home/enrico-berlinguer/documenti-politici/5-riflessioni-sull-italia-dopo-i-fatti-del-cile.html>
- Beilharz, P.** (2015). Agnes Heller: de Marx a la Dictadura sobre las Necesidades. *Revue Internationale de Philosophie*, 273 (3), 269-277.
- Castañeda, J. G., Estrada, G., y Ominami, C.** (17 de abril, 2023). Hacia la Construcción de Estados de Bienestar Social en las Américas 1996-2022. *Nexos*.
<https://www.nexos.com.mx/?p=72511>
- Débray, R.** (septiembre, 2023). Allende. *Le Monde Diplomatique — Edición Chilena*.
<https://www.lemondediplomatique.cl/2023/09/allende.html#partage>
- Garcés, J. E.** (2013). *Allende y la Experiencia Chilena. Las Armas de la Política*. Siglo XXI Editores.

- González, M.** (2012). *La Conjura. Los Mil y un Días del Golpe*. UDP–Catalonia.
- Hoyuelos, C.** (6 de septiembre, 2023). Declaración de Chile Vamos por Conmemoración de los 50 Años del 11-S. *Diario Financiero*. <https://www.df.cl/economia-y-politica/ahora-en-df-declaracion-de-chile-vamos-por-conmemoracion-de-los-50>
- Mansuy, D.** (2023). *Salvador Allende. La Izquierda Chilena y la Unidad Popular*. Taurus.
- Ominami, C.** (11 de septiembre, 2013). Allende y su Infinita Soledad. *LT — La Tercera*. <https://www.latercera.com/noticia/allende-y-su-infinita-soledad/>
- Ominami, C.** (2 de julio, 2023a). Ominami y la Cruda Crítica a la Izquierda (y los «Cómplices Pasivos») que Hizo en la Fundación Jaime Guzmán: «el Golpe Tuvo Apoyo Popular». *Ex–Ante*. <https://www.ex-ante.cl/ominami-y-la-cruda-critica-a-la-izquierda-y-los-compllices-pasivos-que-hizo-en-la-fundacion-jaime-guzman-el-golpe-tuvo-apoyo-popular/>
- Ominami, C.** (25 de julio, 2023b). La Ineludible Responsabilidad del Socialismo. *EMOL — El Mercurio On-Line*. <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2023/07/23/1101760/columna-de-opinion--carlos.html>
- Ominami, C.** (11 de septiembre, 2023c). A Cincuenta Años del Golpe en Chile ¿Qué Se Conmemora? *Nexos*. <https://redaccion.nexos.com.mx/a-cinuenta-anos-del-golpe-en-chile-que-se-conmemora/>
- Ominami, C., y Castañeda, J. G.** (8 de septiembre, 2023). Allende’s Shadow in Today’s Chile. *Project Syndicate*. <https://www.project-syndicate.org/commentary/50th-anniversary-pinochet-coup-holds-lessons-for-chilean-president-gabriel-boric-by-jorge-g-castaneda-and-carlos-ominami-2023-09>
- Touraine, A.** (1974). *Vida y Muerte del Chile Popular*. Siglo XXI Editores.
- Valdés, G.** (2009). *Sueños y Memorias*. Taurus.